

JOSÉ LUIS CORRAL

FÁTIMA

EL ENIGMA DE LAS APARICIONES



A comienzos del siglo XX, durante el papado de Pío X, nació una sociedad secreta vaticana, Sodalitium Pianum, que, si bien oficialmente fue disuelta en 1921, hay quien asegura que siguió funcionando de manera clandestina hasta muchos años después. Caso de ser así, ¿no desempeñaría tal vez algún papel en la pervivencia e interpretación de las milagrosas apariciones de la Virgen de Fátima?

Porque, en realidad, ¿qué hubo detrás de esas misteriosas apariciones? Sirviéndose de estos dos acontecimientos clave en la historia reciente de la Iglesia católica, José Luis Corral ha trenzado otra espléndida y emocionante trama, llena de sorpresas y tensión narrativa, para construir una formidable novela protagonizada por el audaz profesor de Historia del Arte David Carter y la más sexy e intrépida de sus alumnas, Michelle Henry, ambos bien conocidos por los lectores de Fulcanelli: el dueño del secreto, de este mismo autor.

I

Las apariciones

CAPÍTULO UNO

Londres, mediados de octubre de 1917

Mary Saylor no creía lo que sus ojos estaban leyendo, a pesar de que se había publicado en el más prestigioso de los periódicos londinenses. Su corresponsal en Lisboa firmaba una información, fechada en la capital portuguesa, en la cual destacaba que una aglomeración de varios miles de personas se había concentrado el 13 de octubre en la pequeña localidad de Fátima, ubicada a mitad de camino entre Lisboa y Coimbra, para asistir a una anunciada aparición de la Virgen María a tres pastorcitos. En la crónica se daba cuenta de varias apariciones anteriores de la Virgen a los tres niños y de la enorme devoción que se había generado en la diócesis portuguesa de Leiria en torno a ese acontecimiento.

Se levantó del sillón del saloncito, dejó el periódico sobre la mesa, junto a la taza de té, se acercó a la ventana y se apoyó en el alféizar. Oxford Street estaba vacía; a través de los cristales emplomados observó la calle, sobre la que caía una continua cortina de agua, cerró los ojos y apretó el puño junto a sus labios.

Su esposo estaba de viaje en Francia, adonde había acudido para cerrar varios contratos con sus socios franceses; la Gran Guerra tocaba a su fin y los ejércitos aliados estaban a punto de derrotar a los alemanes en el frente de batalla.

Nerviosa y muy alterada, se dirigió hasta el escritorio, cogió una pluma, abrió el tintero y se puso a escribir su confesión en unas cuartillas. Comenzó a las cinco y media de la tarde y cuando acabó eran cerca de las nueve de la noche. Ni siquiera se había detenido cuando, a las siete en punto, el ama de llaves le anunció que la cena estaba preparada.

Su relato ocupaba doce cuartillas por las dos caras, escritas con caligrafía elegante y rasgos precisos y firmes, aunque a veces denotaban cierta tensión a la hora de redactar, sobre todo por el alargamiento del trazo final de las vocales «a», «i» y «u».

Al acabar, cogió las cuartillas, que había numerado correlativamente en el centro del margen inferior de la cara recta de la 1 a la 12, las ajustó golpeándolas suavemente sobre la mesa por los cantos y las metió dentro de un sobre, cuya solapa cerró pegándola con goma arábica.

El ama de llaves, que había permanecido despierta a la espera de que se acostara la joven señora de la casa, le preguntó si quería tomar alguna cosa antes de dormir, a lo que Mary respondió que no tenía apetito, y le dijo que podía retirarse. Después, escribió el nombre del destinatario en el sobre cerrado, lo dejó encima del escritorio y se acostó en su cama. Antes de acomodarse, alargó su brazo y con la mano acarició las sábanas, justo en el lugar que ocupaba su marido cuando dormía en casa, cerró los ojos e intentó dormir.

A la mañana siguiente, nada más desayunar, ordenó a uno de los criados que llevara el sobre al destinatario, y que no aguardara respuesta.

★ ★ ★

La policía de Scotland Yard llegó a la casona de Oxford Street poco después de amanecer. El cadáver de Mary Saylor yacía encima de la cama, tendido sobre el costado derecho, en medio de una enorme mancha de sangre; alguien, sin duda mientras la joven dama dormía, le había rebanado el cuello hasta la arteria carótida con un cuchillo o un arma similar; muy afilado, desde luego, porque el corte era limpio, fino y profundo.

Los seis criados que vivían en la casa, el ama de llaves, el mayordomo, la cocinera, dos sirvientas y un mozo, fueron interrogados en repetidas ocasiones, pero ninguno de ellos sabía nada. Todos coincidieron en que la señora se había acostado, como de costumbre, a las diez de la noche y en que no se había levantado cuando una de las sirvientas llamó a la puerta de su dormitorio a las siete. Tras insistir un par de veces y no recibir contestación, la sirvienta había avisado al ama de llaves y ésta, preocupada ante la falta de respuesta a su reiterada llamada, había entrado en la habitación. Así es como se encontró a *miss Mary*, degollada en su propia cama. El cadáver ya estaba frío, por lo que el forense calculó que la muerte se había producido hacia la medianoche.

Ninguno de los seis criados, que dormían en unas habitaciones en el semisótano de la parte posterior del edificio, había visto ni oído nada aquella noche, las puertas y las ventanas no habían sido forzadas y nadie extraño había visitado la casa aquel día.

* * *

John Saylor, que seguía en Francia negociando con sus socios franceses, regresó a Londres dos días después, en cuanto se enteró, mediante un telegrama urgente por cable, del asesinato de su esposa. Lo hizo a tiempo para en-

errar a la joven señora en el cementerio de Highgate, en la zona norte de la ciudad, en el panteón familiar de los Saylor, no muy lejos de la tumba del filósofo revolucionario Carlos Marx.

Saylor era un rico comerciante, heredero de una saga de potentados burgueses londinenses que habían amasado una considerable fortuna desde que a mediados del siglo XVII se dedicaran a importar vino de Oporto, que distribuían en Inglaterra y en alguna de sus colonias. La familia Saylor era una de las principales proveedoras de la Casa Real y del Ejército británicos, entre cuyos altos mandos y oficiales el oporto era muy apreciado desde hacía dos siglos y medio.

Ella tenía en el momento de su asesinato veinte años y su esposo treinta y cinco. Mary y John Saylor se habían casado en la primavera de 1916. A los dos meses de la boda se trasladaron a Portugal, en donde John pretendía comprar varias fincas con el fin de plantar nuevos viñedos y aumentar la producción de vino, pues estimaba que, en cuanto acabara la Gran Guerra, los mercados internacionales demandarían una mayor cantidad de caldos. Solía decir que después de una contienda tan cruenta como la que había desangrado a Europa, los supervivientes querrían olvidar de prisa las calamidades sufridas y nada mejor para ello que un buen vino. La pareja había permanecido en Portugal desde mediados de 1916 hasta julio de 1917, fecha en que había regresado a Londres.

Scotland Yard investigó el asesinato de Mary durante meses, pero sus agentes no consiguieron ni una sola prueba, ni un solo indicio sobre quién podía haber sido el autor del crimen. No había robo, ni fuerza, ni violación, ni siquiera un móvil manifiesto por el cual poder siquiera imaginar por qué había sido asesinada.

La policía sospechó de los seis criados y del propio esposo, pero acabó por expiarlos de posibles culpas ante la carencia de prueba alguna contra ellos. Saylor llegó incluso

a contratar a la mejor agencia de detectives de Londres, que siguió indagando por todas partes en busca de algún nuevo dato, a pesar de que la policía había desistido porque no logró averiguar nada.

A principios de 1919, año y medio después del crimen, la policía dio el caso por no resuelto y, ante la ausencia de pruebas, lo cerró; para entonces, la Gran Guerra ya había terminado y John Saylor decidió trasladarse a vivir permanentemente a Oporto. Confesó a sus amigos que la ciudad de Londres se le hacía insoportable sin Mary y que la única manera de sobrellevar su ausencia era marcharse a vivir a Portugal, en otra tierra, con otros recuerdos.

CAPÍTULO DOS

París, finales de marzo de 2008

David Lewis Carter, profesor de Historia del Arte y ciudadano norteamericano con contrato en la universidad de París, tomaba un café solo, muy denso y cremoso, en un restaurante de la calle Pérignon, en el barrio parisino de Montparnasse. Almorzaba con su editor francés, para el que había preparado un ensayo de trescientas páginas sobre la perspectiva en la pintura italiana del siglo XV. Había comido unas vieiras a la parrilla con crema de setas, un lenguado al *grand marnier* y unos pasteles al aroma de violeta.

Poco antes del almuerzo habían estado en la editorial revisando el boceto para la portada del libro y, tras el almuerzo, estaba citado en Radio Notre-Dame, la emisora católica, para una entrevista en directo de una hora de duración sobre el libro en cuestión, a cargo de una excelente periodista.

Carter estaba realmente ocupado, pues además de acabar el ensayo, las entrevistas y las clases en la universidad, salía de viaje hacia Sevilla, donde tenía que impartir una conferencia sobre la pintura florentina del Cuatrocientos en un seminario de Historia del Arte. Su colega sevillana, la profesora María Luisa Barrero, lo había invitado meses atrás, durante un viaje que realizó a Sevilla, a participar en ese curso, que se celebraba la primera semana de abril, después de la Semana Santa y antes de la Feria.

La entrevista en Radio Notre-Dame fue inteligente, intensa y ágil, y Carter salió muy contento.

—Una periodista preparada de verdad —le comentó a su editor al dejar el estudio.

—Sí, ya te dije en el almuerzo que merecía la pena. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?, tengo el coche aquí mismo —se ofreció el editor.

—No, gracias; voy a mi casa. Tomaré el metro, seguro que llego antes que si me llevas en coche.

—Como quieras; espero pronto el manuscrito de tu libro, ¿eh?

—Lo tendrás a finales de abril, como hemos convenido.

—Bien; entre tanto, iremos preparando las ilustraciones, para ganar tiempo; quiero que esté en la calle a mediados de septiembre.

—Sí, es una buena fecha.

Se dieron la mano y se despidieron con cordialidad.

Carter llegó a su apartamento en el número 59 de la calle de Rochechouart, en la zona baja del barrio de Montmartre, cerca del Sagrado Corazón, cuarenta minutos después de despedirse de su editor. Desde que se trasladara de Nueva York a París, hacía ya más de un año, vivía en esa casa y todavía no se había habituado a ella. El edificio tenía más de cien años de antigüedad y era uno más de los típicos inmuebles parisinos, de seis plantas, con dos áticos, pero era una vivienda especial, pues, aunque casi nadie lo sabía, en 1932 y en esa misma casa había muerto Fulcanelli, el último gran alquimista contemporáneo.

Cuando Carter se instaló en París con un contrato para tres años, dejando atrás un relevante puesto en la universidad de Nueva Jersey, los colegas de La Sorbona le buscaron ese piso de alquiler. Michelle Henry, una joven profesora ayudante, había visto el letrero que anunciaba el alquiler y le había parecido divertido que uno de los más reconocidos expertos en arte gótico viviera donde décadas atrás había muerto el autor de *El misterio de las catedrales*, uno

de los libros más enigmáticos del siglo XX, en el que Fulcanelli planteó una nueva interpretación del arte gótico a partir del análisis de los textos de los alquimistas.

Michelle Henry lo esperaba en el apartamento. Se besaron despacio durante un buen rato.

—Sabes a violeta —le dijo ella.

—He tomado de postre un pastel caliente con aroma a esa flor; lo sirven en una copa de cristal que está sellada con papel film transparente, de modo que un humo color violeta flota dentro de la copa y, al retirarlo para comer el pastel, el aroma te penetra en la nariz y te deja impregnado un regusto a esa flor durante un buen rato. Tienes que probarlo —le propuso David a Michelle, cuya boca siempre estaba fresca y sedosa.

Se volvieron a besar y sus manos recorrieron sus cuerpos quitándose uno al otro la ropa, deteniéndose en cada porción de piel. Ya desnudos en medio del salón, Carter se agachó hasta que su boca quedó a la altura del pubis de Michelle y comenzó a besarlo despacio, lamiendo con su lengua el interior de los muslos de la joven, que suspiraba ansiosa.

Hicieron el amor durante un par de horas; afuera llovía.

* * *

—Aquí tienes los billetes de avión a España; han llegado esta mañana a la universidad —Michelle le entregó un sobre a David.

—Gracias, Michelle; te agradezco mucho que los hayas recogido por mí; como sabes, tenía toda la mañana liada con mi editor y con esa entrevista en la radio.

—Sí, te he escuchado. Las preguntas eran muy interesantes y tú has estado muy bien; menos mal que no has di-

cho que te gustaría ver demolida la Torre Eiffel; como efecto final hubiera sido impactante.

—Desde que vivo en París me estoy acostumbrando a ella.

—¿Ya no te parece tan horrorosa?

—Digamos simplemente que me estoy habituando a su presencia.

Michelle se refería a una conferencia que el profesor Carter impartiera en París hacía algunos años, en la cual había asegurado que el mejor destino para la Torre Eiffel sería la demolición, lo que en su momento causó un enorme revuelo en ciertos ambientes parisinos.

El seminario de Sevilla estaba programado para los tres primeros días de abril, diez días después de la Semana Santa y cinco antes de la Feria. La profesora Barrero había programado esas fechas porque eran las más adecuadas en el calendario universitario sevillano, pues una vez comenzada la Feria todo giraba en la capital andaluza en su entorno y poco después se acercaba el final del curso y los alumnos no se hubieran apuntado al seminario.

—¿Me acompañas a Sevilla? —le preguntó David—. Lo pasamos muy bien allí.

—Sabes que no puedo. Estoy ocupada en la redacción de la tesis y no quiero retrasarme. Aprovecharé esos tres días en que estarás ausente para darle un buen empujón a las conclusiones.

—Sevilla no será lo mismo sin ti.

—No seas cursi.

—¿Te quedas a dormir? Voy a estar una semana sin verte.

—Tres días, sólo serán tres días.

—Sin ti, una eternidad.

Cuando llegó a París a comienzos del año 2007, David Lewis Carter conoció a la joven profesora ayudante, la cual estaba realizando una tesis doctoral sobre la construcción de las catedrales góticas. Sus ideas, un tanto heterodoxas

para el rígido mundo académico, chocaron con las de su directora de tesis, la profesora Louise Lazard, jefa además del departamento de Historia del Arte. Entonces, Michelle Henry le pidió a David que aceptara ser codirector de su tesis, a lo cual éste, con el beneplácito de Louise Lazard, accedió. Michelle había sido novia de Jean Ricard, profesor de ese mismo departamento y miembro de la hermandad de los Hermanos de Heliópolis, los seguidores de Fulcanelli. Ricard, de sesenta y cinco años, aparentaba cuarenta, pues había estado expuesto a los beneficios de la piedra filosofal a la luz de los vitrales góticos de Chartres, un privilegio reservado a los miembros de esa hermandad.

Los padres de David Lewis Carter eran norteamericanos de origen judío, aunque nunca habían profesado la religión de la Tora. Además, eran propietarios de los viñedos y bodegas Carter, una explotación vitivinícola en el valle de Napa, en el norte del Estado norteamericano de California.

Los padres de Michelle estaban divorciados. Su madre vivía en la costa de Andalucía, en el sur de España, donde coleccionaba jóvenes y fogosos amantes, en tanto su padre, un alto ejecutivo de uno de los más importantes bancos franceses, dirigía la sucursal de esa entidad en Singapur, donde se había vuelto a casar con una muchacha un año más joven que la propia Michelle.

Pocos meses después de conocerse, Michelle y David salían juntos; de eso hacía ya un año, durante el cual les habían ocurrido sucesos extraordinarios.

CAPÍTULO TRES

Sevilla, principios de abril de 2008

El tren de alta velocidad procedente de Madrid arribó a la estación sevillana de Santa Justa a las 14:30, exactamente la hora que marcaba el billete de Carter. En el vestíbulo lo esperaba María Luisa Barrero.

—Hola, David, al fin te tenemos aquí —lo saludó la profesora sevillana a la vez que le dio dos besos.

—Tu país ha mejorado mucho en la puntualidad de los trenes. Gracias por invitarme.

—No, no, las gracias te las debo yo. Cuando enviamos los folletos del seminario anunciando tu presencia, hubo quien no creyó que fueras a venir. Y ha resultado todo un éxito; tenemos casi un centenar de inscritos, cuando a seminarios de este tipo no suelen acudir más de veinte personas. Incluso en un par de ocasiones ha habido que suspender algunos de estos cursos por falta de alumnado. El éxito de asistencia se debe a ti, claro.

—No creo; el programa es muy atractivo y el seminario cumple su décima edición, ya consolidado.

—Se debe a tu presencia, te lo aseguro. En ninguna de las nueve ediciones anteriores hemos superado las dos docenas de matriculados, y ayer me llamó la secretaria del departamento para decirme que ya había noventa y seis inscritos.

—Me alegro por ello.

—Te llevo al hotel y dejo que descanses; esta noche nos invita a cenar la decana de la facultad; si te parece, te recogeré a las ocho y media de la tarde.

—Como quieras; así tendré tiempo para dar un vistazo a mis notas, y repaso mi ponencia de mañana.

—A las doce en punto. La tuya es la conferencia inaugural. Tú eres la estrella.

* * *

Para su intervención en el seminario, David había preparado una conferencia sobre la imagen de la Virgen María en la pintura gótica. En principio, cuando lo invitó la doctora Barrero, había pensado hablar de la imagen de la mujer, o incluso de la belleza, en la pintura de la segunda mitad del siglo XV, pero prefirió centrarse en la figura de María de Nazaret para acotar espacios y no resultar demasiado generalizador. El curso de Sevilla era de los llamados de especialidad, destinado a profesores en formación, alumnos de doctorado y de los últimos cursos de la carrera, pero también podían matricularse alumnos de los primeros cursos e incluso de otras especialidades, porque, con la asistencia, obtenían algunos créditos de los llamados de libre elección.

El aula magna de la facultad estaba llena de gente. A la conferencia del profesor Carter no sólo habían acudido los casi cien inscritos, sino la mayoría de los alumnos de la especialidad de Historia del Arte, pues los profesores habían recomendado en sus clases la asistencia.

La profesora Barrero presentó al doctor Carter como «el máximo especialista mundial en pintura gótica», profesor permanente en la universidad de Nueva Jersey e invitado en La Sorbona.

David dio las gracias a la universidad de Sevilla y a María Luisa Barrero y pidió excusas por leer el texto de su in-